

Posverdad. La nueva guerra contra la verdad y cómo combatirla

Mathew D'Ancona

Alianza Editorial

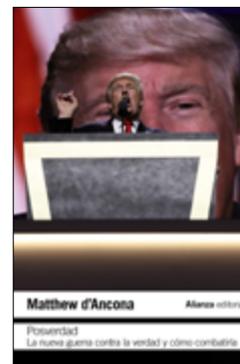
Madrid, 2019

195 pp.

ISBN: 978-84-91813-97-2

El periodista británico Mathew D'Ancona, que en 2006 sucedió al primer ministro Boris Johnson al frente del prestigioso semanario político *The Spectator*, y que ahora es columnista en *The Guardian* y en *The New York Times*, publicó en 2017 el ensayo titulado: *Post-Truth. The new war on truth and how to fight back* (Londres: Ebury Press, Penguin Random House). Se trata de una interesante y provocadora aproximación a uno de los fenómenos contemporáneos más complejos, como es la posverdad. Gracias a Alianza Editorial, este ensayo, que apenas llega a las doscientas páginas, acaba de llegar a nuestras librerías con traducción al español de Alejandro Pradera Sánchez.

La amena lectura del libro facilita al lector no especializado la incursión en un tema que es intrincado y poliédrico. Otros títulos igualmente relevantes y recientes son: *Post-Truth. How bullshits conquered the world*, de James Ball (2017, London: Biteback Publishing Limited); y *Post-Truth*, de Lee McIntyre, publicado en 2018 (Cambridge: MIT Press). Con la lectura de estos tres recientes ensayos el lector dispondrá de un repertorio de argumentos suficientemente equilibrado como para formarse una idea propia de, por un lado, qué es la posverdad y su alcance, y, por otro, de las peligrosas consecuencias para nuestras democracias si no se corrige la deriva populista basada en la fórmula de que “la mentira es el mensaje”.



D'Ancona estructura el libro en cinco capítulos, titulados: 1. “¿Y qué más da? La llegada de la era de la posverdad”; 2. “¡Sois incapaces de asumir la verdad! Los orígenes de la era de la posverdad”; 3. “Conspiración y negación: las amigas de la posverdad”; 4. “El crac de la piedra filosofal: el posmodernismo, la ironía y la era de la posverdad”; y 5. “El hedor de las mentiras: estrategias para derrotar a la posverdad”.

Aunque se trata de un libro escrito por un periodista en el que abundan ejemplos de la actualidad, el propósito es epistemológico. D'Ancona pretende “examinar cómo ha ido decayendo progresivamente el valor de la verdad como divisa de reserva de la sociedad, y el contagio epidémico de un pernicioso relativismo disfrazado de legítimo escepticismo”. Por lo tanto, el libro no solo trata de describir, sino también de comprender las raíces de la posverdad para, desde ahí, proponer medidas correctoras.

Ya desde el primer capítulo el autor pone el foco en la clase política al reconocer que “hemos entrado en una nueva fase del combate político e intelectual, donde las ortodoxias y las instituciones democráticas se ven sacudidas hasta sus cimientos por una oleada de alarmante populismo”. Atribuye esta circunstancia a la degradación del líder político, ejemplificada en Donald Trump, de quien D'Ancona

duda que esté mínimamente familiarizado con la verdad. *PolitiFact* afirma que el 69% de sus afirmaciones son “pre-dominantemente falsas, falsas o mentira podrida”.

No se trata, sin embargo, de un mero problema de veracidad de los hechos y las declaraciones procedentes de fuentes presumiblemente responsables y bien informadas. A juicio de este autor, el Brexit y la elección de Trump significan “una sublevación contra el orden establecido”. En el caso específico del presidente de Estados Unidos, “Trump ha redefinido la Presidencia como el papel más codiciado de la industria del espectáculo”, pues ha entendido a la perfección que lo que importa no es la verdad, sino la percepción. La política contemporánea consiste en admitir que “no existe una realidad estable y verificable, tan solo una batalla interminable por definirla, la batalla de tus hechos contra mis hechos alternativos”, sostiene D’Ancona.

El desprecio absoluto por la verdad de los hechos es el *quid* de la cuestión. De acuerdo con el Diccionario de Oxford, la posverdad se refiere a un clima político en el que las emociones tienen más influencia en la formación de la opinión pública que los hechos demostrados. ¿Qué más da si lo que se dice es verdad o no! Lo que importa es que tenga la capacidad de estimular a la masa de votantes. Y según D’Ancona, esta fue exactamente la estrategia electoral del Trump: “Ofrecer a la gran masa de votantes blancos una serie de enemigos contra los que poder unirse, un relato en el que los votantes podrían desempeñar un papel y un plan mítico para hacer qué América vuelva a ser grande”.

Si bien la clase política se lleva la palma, es un hecho que, en el debate de la posverdad, también se atribuye a los medios de comunicación cierta responsabilidad en la propagación de noticias falsas y, con ellas, el establecimiento de un clima de posverdad. ¿Qué hay de cierto en tal atribución? Obviamente, la posverdad es un fenómeno

global y transversal que conecta realidades procedentes de ámbitos muy variados. Si bien es difícil encontrar un único actor social, D’Ancona sí cree que la industria mediática es uno de los grandes responsables de la actual crisis de la verdad. “Los medios, sobre todo los canales de noticias durante las veinticuatro horas, tienen un hambre insaciable de confrontación, que a menudo crea la ilusión de un debate entre unas posturas igualmente legítimas”. Es decir, la búsqueda de contenidos espectaculares, sensacionalistas, morbosos, extravagantes, característicos de teorías conspiratorias y de movimientos negacionistas que carecen del mínimo rigor científico, han encontrado en la televisión un espacio de debate que solo se justifica desde una ambición irresponsable por parte de las empresas de maximizar los beneficios económicos. Efectos como el *clickbait* en la prensa digital, el llamado *infotainment político* (información política de entretenimiento que busca grandes masas de público aun a costa de debates de calidad), etc., son realidades periodísticas que no se pueden ocultar y que, efectivamente, debilitan la credibilidad de los medios de comunicación.

Uno de los capítulos centrales del libro es el n.º 4, en el que D’Ancona asienta en la filosofía posmoderna la “geología intelectual” de la posverdad. Aun asumiendo que no es fácil dar con una definición exacta de la posmodernidad, y que “al no ser una obra homogénea ha tenido un efecto difuso, e incluso contradictorio”, reconoce este autor que los filósofos posmodernos sí han tenido una “cierta influencia en la imaginación intelectual contemporánea”. El capítulo trata de establecer esta influencia y, en cierto modo, determinar las luces y las sombras de los pensadores posmodernos en relación con la posverdad.

Por un lado, se anticiparon los posmodernos a nuestro tiempo al señalar que “una sociedad cada vez más pluralista iba a tener que reconocer y prestar atención a múltiples voces: las historias de género, de las minorías ét-

nicas, de la orientación sexual y de la tradición cultural”. Por otro lado, asegura D’Ancona que “sería ingenuo negar que los principales pensadores asociados a esta escuela dispersa, al cuestionar el concepto mismo de realidad objetiva, contribuyeron bastante a corroer la noción de verdad”. Esta es una de las afirmaciones más contundentes de la obra, pues si ciertas realidades como el lenguaje y la cultura eran para los posmodernos meros “constructos sociales” que se encargaban de perpetuar las estructuras de poder establecidas, ¿cómo no se iban a cuestionar estas realidades? Como se ve, de aquí a considerar al propagador de *fake news* “un forajido digital que lucha contra la perversa ‘hegemonía’ de los medios de comunicación dominantes”, hay un paso.

Entre los vaticinios de los posmodernos que se han cumplido, D’Ancona reconoce la visión de Baudrillard en *Cultura y simulacro*, una obra de 1981 en la que el filósofo francés argumentaba: “Vivimos en un mundo en el que cada vez hay más información y menos significado”. Baudrillard señaló, reconoce D’Ancona, que “los medios iban a convertirse tanto en un indicador de pertenencia como en una fuente de desinformación o sea, de *fake news*” años antes de la invención de Internet y de algunas de sus criaturas como Facebook y Twitter. “En ese aspecto, al igual que en muchos otros, los textos posmodernistas allanaron el camino a la posverdad”.

Sin embargo, esta aproximación filosófica es llevada rápidamente al terreno de la política práctica. D’Ancona afirma que el posmodernismo representó el “nuevo rostro del relativismo”, punto de conexión con el actual cuestionamiento de la verdad. De aquí se infiere la paradoja de que “Trump es el inverosímil beneficiario de una filosofía de la que probablemente nunca ha oído hablar, y que sin duda despreciaría”, en la medida en que “el posmodernismo, reducido a su esencia ideológica, era una campaña teórica que resultaba atractiva para la izquierda desencantada,

que anhelaba dar sentido a un siglo en el que las antiguas certezas de la vanguardia marxista se habían derrumbado delante de sus ojos”. Es decir, que Trump, cuyos discursos están sembrados de hiperrealidad (“la modalidad de discurso donde desaparece la brecha entre lo real y lo imaginario”) ha acabado por convertirse en el posmoderno por antonomasia, aunque probablemente no lo sepa. La síntesis de la posverdad es que carece de sentido hablar de, o buscar la verdad, porque lo que cuenta es el punto de vista del bando en el que uno decide posicionarse, o sea, “la idea posmoderna del ‘acuerdo comunitario”, subraya D’Ancona.

El asunto no pasaría de anecdótico si no supiéramos que la sociedad necesita de la verdad, como han enunciado tantos filósofos a lo largo de la historia. De ahí que D’Ancona haga un encendido llamamiento al combate contra el relativismo: “El relativismo triunfa únicamente si se lo permitimos”; y citando a Isaiah Berlin, se agarra a la creencia de “las ideas cuentan”. Los filósofos van a ser los “nuevos realistas porque asumirán la misión de ser los pioneros de un nuevo aumento del valor de las evidencias y de la exactitud”. Nada más lejos de “imponer una uniformidad absoluta”: “El objetivo consiste en identificar el núcleo de normas culturales, de obligaciones legales y de responsabilidades sociales a la que deben adherirse todos los ciudadanos, sean cuales sean sus opiniones privadas”.

En resumen, estamos ante un ensayo que requiere de lectura lenta y comprensiva porque, en mi opinión, D’Ancona traza en él una línea de investigación que puede ser muy productiva no solo para comprender el origen filosófico de la posverdad, sino para encontrar precisamente en la filosofía el instrumento para vencerla.

El libro termina con una defensa apasionada de la verdad como fundamento de nuestra civilización y de nuestra cultura. No es un final ingenuo, pues el autor reconoce que “la supervivencia de la civilización, de la razón y de

la verdad científica no es algo preestablecido”. Sin embargo, debemos luchar por defenderlas porque “cuando una sociedad relaja su defensa de los valores que sustentan su cohesión, su orden y su progreso: los valores de la veracidad, la honestidad y la rendición de cuentas”, está condenada a desaparecer. La posverdad es una tendencia y no

va a terminar el día que Trump abandone la Casa Blanca. Combatirla es una responsabilidad individual, y debemos luchar cada día por reconducir la sociedad hacia los valores democráticos que la sustentan.

Ignacio Blanco Alfonso
Universidad CEU San Pablo